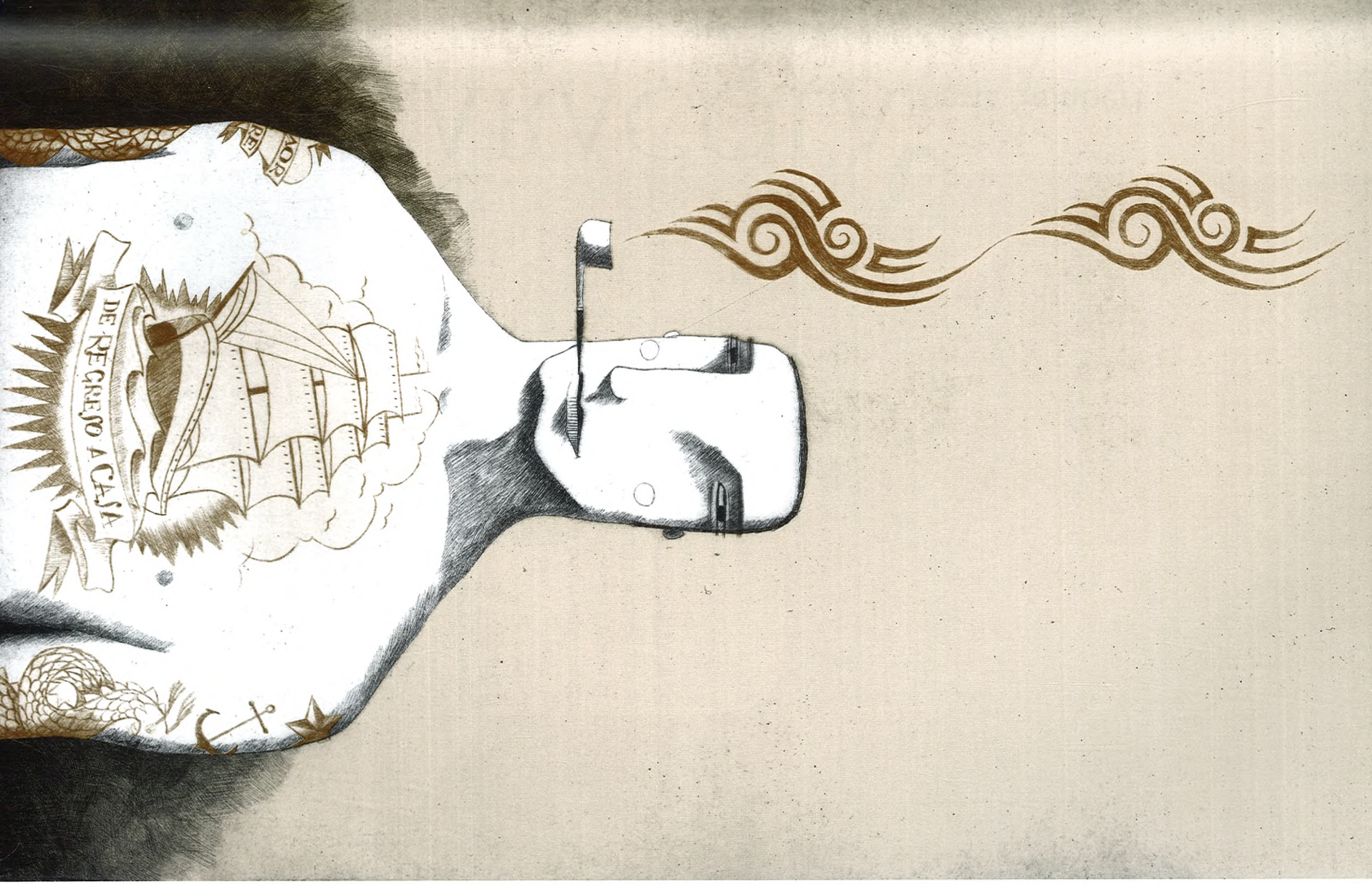
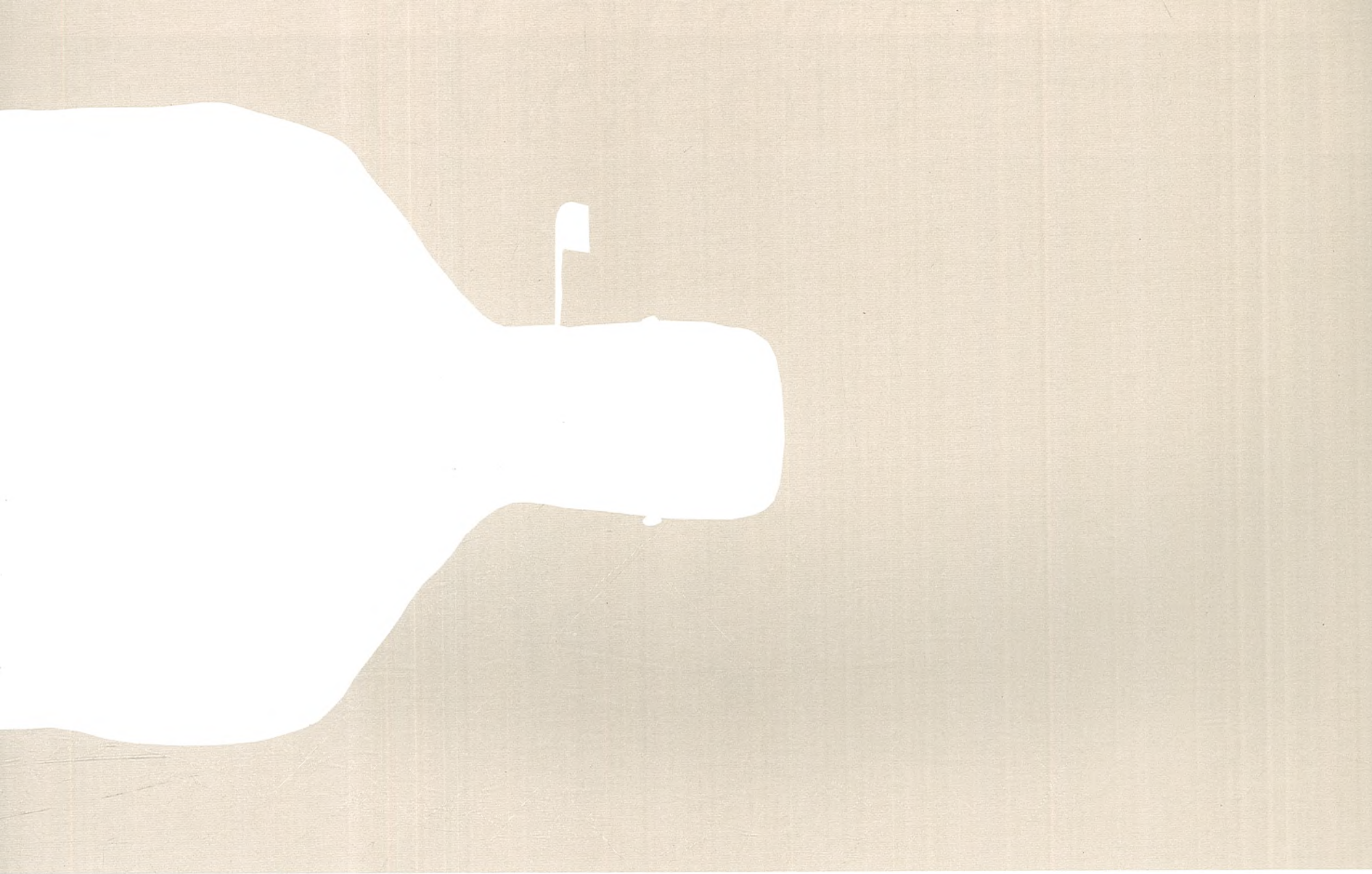


LA CARACOLA

Juana Salabert

LA CARACOLA



LA CARACOLA

Juana Salabert

LA CARACOLA

Segundos antes del impacto que lo arrancó de su asiento y a punto estuvo de arrojarlo fuera del vagón, sobre las vías humeantes, ya sabía que algo malo ocurriría pronto. Aunque también cabía la posibilidad de que hubiera sucedido antes, mucho antes incluso de su propio nacimiento, en alguna época o lugar desconocidos. Llevaba sabiéndolo desde el instante mismo en que despertó, a las cinco cuarenta y cinco de esa mañana soleada de marzo, con visión doble y aquellas náuseas premonitorias que ninguna píldora logró nunca atajar. "No, por favor, otra vez no", gimió entonces muy bajito (*la caracola arrastrándolo huracanada por su espiral la caracola enorme reclamándolo a la sima y atenderás a su tañer de agua a su ulular de viento a su clamor de voces*), aovillándose, tembloroso, junto al cuerpo dormido de su mujer. Pero era inútil, de nada servían los ruegos, las quejas, el encorajinamiento. *Aquéllo* se anunciaba siempre con avisos en sordina de jaquecas o calambres en la boca del estómago, y no había forma alguna de controlarlo, de parar la inminencia pavorosa e incomprensible de las visiones donde agonizaban extraños que unas veces se le asemejaban y otras no. Tumbado en la cama, escuchó dentro de sí el ruidito previo, tan singular y característico, especie de prolegómeno malicioso de tintineo de cristales... Y enseguida lo atrapó aquel otro rumor, el son de aguas idas remeciéndose en la hondura seca y ausente de la caracola gigante que de niño se llevó fatalmente al oído en una almoneda afuerina de St. Jean de Luz. Entonces divisaron el cartel flechado al doblar el padre la primera gran curva de la carretera de la "Corniche". "Fijaos en ese letrero de *brocante*... qué raro, conocemos al dedillo la región y juraría que

nunca lo vimos, vayamos a echar una ojeada, qué prisa tenemos, si nadie nos espera en casa", comentó, pegándole un volantazo feliz a su DS de ocasión y adentrándolos de golpe bajo una alameda invadida de zarzales. Era el veintiuno de agosto de 1975 y regresaban a Madrid. Bajaron, curiosos, sus ventanillas según se aproximaban a la veranda del caserón de agrietada fachada, flanqueado a su derecha por un Torpédo Renault de anteguerra y dos carteles publicitarios del "Bebé Cadum"...

Trío de inocentes... Mi madre, de cabellos casi al rape bajo el foulard, porque dos semanas atrás yo le pegué piojos a mi vuelta de una espantosa colonia de vacaciones donde me humillaron sin remedio, mi padre, que tres veranos después moriría en un accidente de buceo y yo, el hijo único... El niño de cinco años que esa misma mañana fue ingresado en un hospital de Biarritz, con fiebre alta y alarmantes síntomas de una meningitis cuyo diagnóstico nadie pudo, sin embargo, confirmar luego, el informe médico de alta fue desusadamente vago.

Pero quién hubiera podido siquiera intuirlo mientras bajaban del coche en esa mañana diáfana de veleros y veraneantes a la sombra de los parasoles, de aperitivos en terrazas y cremas solares untadas en la orilla, se había dado un último baño antes de emprender viaje y tomado una granadina, aún le duraba su dulzor en los labios. La grava del sendero crujía bajo las sandalias y olía a descuido de hortensias y al agua quieta y densa de algún invisible estanque cercano. Distraído, escuchó a sus espaldas un zumbar de avispas que lo acobardó, antes de que su madre tirara de su mano y lo dirigiera hacia los peldaños de la entrada. "Por aquí, señores", el hombre tenía voz ronca de fumador y les mostraba el camino a una abarrotada sala circular con oscuridades de bodega y amasijo de muebles y objetos apiñados en dudoso equilibrio junto a los ventanales. "Menudas barricadas tiene aquí montadas, jefe", bromeó el padre y su interlocutor asintió. Lo liquidaba todo, incluidas la casa y el terreno, explicó. "Disfruten de la cueva de los tesoros, tómense el tiempo que necesiten, amigos". Los grandes ojos azules bajo la boina vasca apenas parpadeaban y pese al pelo y el bigote blancos parecía muy joven, *demasiado* joven entremedias de aquel extravío antiguo, de los canapés con la borra al aire, los altos relojes, las figurillas de bronce, las máscaras tribales, la colección de barcos metidos en botellas, alineada sobre la trasera de

un armario de luna volcado. A él le fascinaban esas embarcaciones aprisionadas en su mar de vidrio y corrió hacia ellas, sorteando paragüeros y sillas de espaldares rotos, aves disecadas, baúles mundo, bustos de compositores, un arpa junto al ancla descomunal y el juego de balanzas romanas. "Ve con cuidado, Jaime, hijo, no vayas a romper algo o a caerte", le instó su madre, que ya se distraía rebuscando entre un cúmulo de polvorientas partituras. Había siete botellas de tamaños diferentes, tal vez condescendieran a comprarle alguna si el precio no era excesivo. Deslizó un índice sobre la mayor de ellas y le sorprendió la absoluta falta de polvo, quizá fueran nuevas, después de todo y en ese caso seguro que no se la regalaban. Ni su madre, francesa de ultramar nacida en Martinica, ni su padre, que en ese instante alzaba jubiloso sobre su cabeza una antigua escafandra del tipo de las que Verne imaginó para los tripulantes del esquivo *Nautilus*, apreciaban las "fruslerías para turistas", las réplicas de ningún tipo. A ellos sólo les encandilaba lo "auténtico", eran entusiastas e inquietos y trataban de ser "consecuentes", ¿pero qué diablos significaría esa palabra que mentaban a la mínima, ya estuvieran maldiciendo a Franco el eterno o charlando sobre la última película vista?

Mejor desinteresarse de esas botellas e ir en pos de cualquier otra cosa, buena y barata... *auténtica*. Y fue entonces, al girarse, cuando la vio, refulgente y magnífica sobre una agujereada casaca militar de uniforme de gala.

Una caracola marina inmensa, de un blancura casi cegadora. Era como si de su interior laberíntico brotase una llama prodigiosa, que le arrancaba mil destellos y tonalidades a la superficie tornasolada...

La contempló, fascinado.

Se acercó despacio y segundos antes de alargar la mano y de tocarla (*fría y a la vez caliente seca y sin embargo húmeda)* pensó, qué absurdo, que ella acababa de llamarlo sin palabras. De ordenarle que acudiera de inmediato y sin dilaciones, valiente bobada. Era una caracola, una espléndida caracola, no el monitor de colonias que lo tachó de pusiláni-

me y miró para otro lado la noche en que lo acorralaron entre varios junto a las duchas, luego de que se negara a saltar sobre la hoguera. El fuego le daba pánico, lloró mientras muchas gargantas coreaban a su alrededor el grito, candencioso y unánime, de "CO-BAR-DE", "CO-BAR-DE".

No pesaba en absoluto, cogerla era igual que asir aire, aire nada más, se dijo al levantarla, pero entonces por qué ese cansancio repentino y abrumador, ese nudo de culpa y pánico en la garganta...

La arrimó a su oído derecho y percibió el rumor sordo y distante del oleaje.

Y ella empezó a reírse la caracola reía una risa crepitante de rama prendida de embate de agua ebria sobre la proa del barco de los muertos

Has venido ya estás aquí eres el relevo de todos los días y todas las noches tantos como granos de arena caben en una mano y en los muchos mundos de la espiral

El océano que latía allí dentro como un metrónomo de pesadilla lo hipnotizaba... Y entonces todo se disolvió ante sus ojos, de repente sólo la luz de agua y llama y en ella los muertos. Los tiroteados en hondonadas y barrancos y en los linderos de un bosque de abedules y los caídos con las bocas de par en par dentro de una maloliente oscuridad sellada y los que aún asomaban las caras ensangrentadas por los huecos sin cristales de las ventanillas y los abatidos junto al estanque donde dejaron de croar las ranas y los que volaban ardientes como teas en el cielo de torres desplomándose.

Y de pronto ya sólo quedaba ese otro niño frente a él, ese niño que también se llevó una tarde perdida la caracola a la oreja, la caracola vibrante exhibida como un trofeo en una tienda de aparejos náuticos, donde su padre, aficionado a la pesca dominical sobre los muelles, le había mostrado ilusionado cañas demasiado caras. Le contaba, con su marcado acento extranjero, que de pequeño se metía hasta la cintura en el río de su pueblo búlgaro en busca de truchas... Ese niño no mucho mayor que él palideció intensamente con la caracola pegada a la mejilla, antes de que el dueño del local se la arrebatara de malos modos, farfullando a media voz diatribas acerca de metecos llegados a Francia en oleadas, por obra y gracia del cosmopolita Blum y su partida de rojos. Y él divisaba ahora parte de lo que aquél niño atisbó antaño, mucho antes de poner el pie en el estribo letal de su destino.

Porque Jacques Valenz (*pero cómo podía conocer su nombre*) lo había *visto* a él dentro de los restos partidos de un vagón... Era él mismo, Jaime Valens, de mayor y estaba muerto. Como los demás que la caracola le mostró al niño Jacques, esos hombres de jubones y gorros negros apuñalados en sus casas una noche feroz, y esas mujeres calcinadas en hogueras, y esos fusilados en tapias de cementerios, y esos pasajeros de un autobús que estallaba por los aires.

Lo había visto muerto... Igual que él lo veía morir ahora en un mediodía de noviembre, en la penumbra recalentada de aquel vagón sellado que rodaba hacia el este. (*Drancy, escuchó mentalmente, la estación de la que salió para no volver se llama Drancy*).

"Qué te pasa, por qué estás tan pálido". Su madre le quitó la caracola de las manos y exclamó, asustada: "Andrés, ven, corre, creo que el niño se está poniendo malo". Mientras evitase mirar la caracola dejada a toda prisa sobre el mango de un hacha, todo iría bien...

"No vuelva a tratar así a mi hijo, vámonos, Jacques, ni aunque me lo pidieran de rodillas le compraría a este cretino ni un maldito anzuelo, oye, qué te ocurre, estás lívido, ¿te encuentras mal?". Y el niño le daba la mano a su padre, la mano que empezaba a arder de fiebre... El niño que al día siguiente comentó, dubitativo, aunque ya más repuesto: "he soñado no sé cuándo que alguien de la familia moría en España en un tren muy raro... por culpa de unas bombas, creo". "Eso es porque allí acaba de estallar una guerra, hace exactamente dos días, nos has oído hablar de ello en casa", le aclaró su padre. Y añadió, tranquilizador: "hace casi quinientos años que no tenemos familia en España, recuerdas... Tú aprovecha y disfruta del verano, parece muy largo, pero se pasa rápido, en un suspiro. Sin darte cuenta, te plantas en octubre y tienes la escuela encima".

"Maldita sea, Odette, pero si este crío tiene fiebre"... Lo sacaban en brazos al jardín, su madre le abanicaba la cara. El dueño ofrecía agua, una limonada y él rehusaba, apartaba la vista porque no quería descubrir el estanque del fondo,

la arbolada espesura donde ese mismo hombre, el anticuario de ojos azules y boina ladeada, se escondió de muchacho. Se había tapado los oídos, agazapado entre los matorrales húmedos, para no oír las ráfagas de ametralladora que mataron a todos los suyos aquel 11 de septiembre del 43. (*Y cómo podía saber la fecha si la caracola no daba datos sólo imágenes era el caleidoscopio del infierno la moviola de la muerte y estaba viva y palpitante y reía maligna*). Pero por supuesto que las oyó, cómo no iba a hacerlo, oyó las voces y risas alemanas y los gritos de los que caían de espaldas a la alberca. Y sintió después el olor dulzón de la sangre, unido al del humo de los cigarrillos de quienes pateaban los cuerpos sobre la hierba y se alejaban al cabo, entre risas y bromas, hacia sus vehículos y motocicletas. Y aunque había cerrado los ojos apenas empezaron los golpes, las órdenes, los disparos, en su interior la escena se repetía una y otra vez, inmisericorde.

No se movió de su escondite durante toda la noche. Al amanecer tenía todo el cabello blanco, pero sólo se enteró de ello cuando llegó a una granja amiga, tras cruzar, campo a través y con mil precauciones, un recorrido que en circunstancias normales le hubiera llevado menos de diez minutos por la carretera comarcal.

Su padre no quiso que se telefoneara al médico. "Llevamos aspirinas en la guantera y una botella de zumo, estará caliente, pero tampoco le convienen bebidas frías si lo que tiene es una faringitis. Me parece que lo más prudente será acercarnos a Biarritz o Bayona, puede que entretanto se quede dormido en el coche y la aspirina surta efecto, a los niños la temperatura les sube y les baja con suma facilidad". Se despidió del amable *brocanteur*, aparentando una calma que estaba lejos de sentir.

No guardaba recuerdos del trayecto en que la fiebre fue subiendo hasta sumirlo en la inconsciencia, de su ingreso en la clínica con una rigidez de nuca que alarmó a los facultativos de urgencias. Ni de los días que allí pasó, sometido a toda clase de pruebas médicas, con sus padres turnándose, desesperados, a su cabecera. Al cabo de una semana, se había restablecido por completo. Su mente parecía haberlo borrado todo. Había olvidado el último desayuno vacacional en el hotelito de postigos rojos, el paseo por la playa y el baño rápido, el letrero indicativo que llevaba al arruinado caserón, las siete botellas con sus sietes barcos dentro... La caracola.

Pero la caracola no lo había olvidado a él. Nunca olvidaba a nadie que se hubiera arrimado alguna vez a su voraz y sediento corazón.

Regresó, pocos años después, con su panoplia de imágenes aterradoras... precedida por vértigos, mareos y zumbidos. Ausente, pues él jamás había vuelto a divisarla físicamente, llegó, no obstante, desde ninguna y desde todas partes, para instalarse en su interior y perturbarlo, para alimentarse, admonitoria y regodeada, de su pánico y acuciarlo sin tregua. Si al menos se hubiera atrevido a contárselo a alguien, se decía en ocasiones. ¿Pero quién iba a creerle? ¿Su mujer, su hijo adolescente, que en los últimos años le hablaba con monosílabos y vivía refugiado en la pantalla de su maldito ordenador? ¿Algún psiquiatra con cara de póquer y tarifas exorbitantes para su sueldo de profesor de francés, en una escuela privada que cobraba mucho y pagaba poco?

Lo habrían tomado por loco, quién sabe si no habrían sugerido incluso estancias hospitalarias.

Aquel 11 de marzo estuvo tentado de quedarse en casa, en la cama, el malestar era demasiado fuerte y la vista se le enturbiaba por momentos.

Pero entonces recordó la reunión prevista con los del ministerio e hizo acopio de fuerzas. Mientras abría los grifos de la ducha volvió a repetirse que estaba harto de vivir en el extrarradio, harto de las idas y venidas diarias a Madrid. Para colmo de males, esa mañana se vería obligado a tomar el tren porque su coche estaba en el taller, la reparación no estaría lista hasta la tarde siguiente. Y a él los trenes, incluso los de cercanías, se le antojaban escalofriantes... Paciencia, se dijo, hasta Atocha es un trayecto de nada, cortísimo. Un par de años más y la casa estará pagada, entonces será cuestión de venderla bien y de buscarnos otra más pequeña en el centro. Una con balcones, y ojalá que un pequeño mirador...

No necesitaban muchos metros, Fernando se encerraba en su cuarto cual anacoreta y Mariana no paraba apenas en casa en los últimos tiempos.

Los últimos tiempos.

Dentro del vagón abarrotado la angustia se hizo de pronto insoportable. Apartó el periódico a un lado y frunció la nariz, le costaba respirar por culpa de aquel olor extraño, a sentina y peces muertos...

Olía a la caracola, comprendió en un terrible chispazo de lucidez, justo cuando el tren efectuaba el viraje de entrada a la estación, *olía a la podredumbre de la caracola más que nunca y no habría escapatoria ninguna escapatoria de su espiral.*

Abrió la boca, quiso levantarse, pero entonces la llamarada, el relampagueo, el trueno de la explosión.

Y su cuerpo que volaba hacia la ventanilla de cristales arrancados y rebotaba en el suelo del vagón, sobre un zapato de mujer con una hebilla verde...

Jaime Valens murió en el acto. Tenía el cráneo destrozado, la cara desfigurada y un puñado de ejercicios corregidos de francés en el bolsillo intacto del bonito gabán de entretiempo, comprado en las rebajas de febrero y estrenado esa misma mañana.